

El poder de las mujeres

Ecos del *Weibermacht* en la Colección Mariano Moret

I. Las heroínas

Este ámbito de la exposición está dedicado a aquellas mujeres fuertes, personajes destacados de la historia, la religión o la mitología, que pasaron a la posteridad por haber llevado a cabo alguna acción heroica. A juzgar por las imágenes, todas ellas son mujeres bellas. Algunas utilizan esa belleza, la seducción y la expectativa de entrega, como armas para derrotar a los hombres. Belleza y muerte coinciden en casi todas las obras expuestas. Sus protagonistas son bellas que matan al enemigo o bellas que se matan a sí mismas, y que no dejan de ser bellas ni en medio de la más dolorosa agonía, ni en la escena más sangrienta y escabrosa, ni en el momento de tomar la decisión más valerosa y ejecutarla. Por eso, a pesar de su valentía, fortaleza, patriotismo, dignidad o sacrificio, no pasan de ser bellas heroínas que la mirada masculina desnuda y erotiza, de modo que su belleza, que simboliza su mayor poder, les priva de una auténtica redención.

II. Las pérfidas

Aunque en esta sección encontramos mujeres y comportamientos que se muestran como contraejemplo, desde el prisma del *Weibermacht*, esto no es una historia de buenas y malas. Heroínas y pérfidas son todas mujeres y en todas parece habitar la esencia de Eva. Tanto en unas como en otras, la utilización de la argucia femenina tendrá como finalidad la caída del hombre. Por tanto, la diferencia entre ellas no es tan grande como parece. En las acciones de las heroínas hemos apreciado altas dosis de crueldad. Las de las pérfidas también requerirán de cualidades como la valentía, la determinación o la astucia, que en otro contexto serían interpretadas como heroicas virtudes. ¿Cuál es entonces la diferencia? La intención de sus actos, el objetivo a conseguir o el enemigo a batir.

III. Las rebeldes

¿Y qué hay de aquellas que se atreven a desafiar la autoridad del hombre? No son tenidas por valientes, luchadoras o intrépidas. Tan solo son locas y como tales son calificadas y representadas.

Fenómenos como el *Strijd om de broek*, que podemos traducir como la lucha por los pantalones, y personajes populares como la *Dulle Griet*, quien contraviniendo la autoridad masculina osa enfrentarse al mismísimo diablo, son variantes del *Mundus Inversus* que con tanta frecuencia había invadido con multitud de criaturas imposibles y escenas grotescas los márgenes de los manuscritos iluminados y los capiteles y las portadas de los edificios medievales. Un mundo al revés de situaciones absurdas que planteaban una conmoción del orden natural y un retorno al caos primigenio. Estas representaciones tenían una intención moralizante y pretendían alertar de los peligros que entrañaban ciertos comportamientos femeninos que suponían una

alteración del orden social establecido, constituyendo una amenaza para la jerarquía fundamental hombre/mujer que regía la relación entre ambos sexos y ordenaba el mundo. No es casual que los ideólogos y los ejecutores de estas imágenes fuesen siempre hombres, evidenciando un miedo masculino ancestral y universal a la castración y a la desvirilización.

IV. Las pecadoras

Las mujeres siempre llevan la peor parte en estas sátiras sobre el amor, el matrimonio y el equilibrio de poder entre los dos sexos, en las que la mujer aparece como una criatura fatal, una coqueta sin escrúpulos, una virago ávida de autoridad o una taimada contrincante que rara vez considera al hombre como un compañero, sino como un adversario o una víctima a la que engañar.

Como hijas de Eva, la sociedad de los siglos XV y XVI consideraba a las mujeres lascivas y sexualmente insaciables, impuras, inmorales y una amenaza para la salvación de los hombres, en cuanto que generadoras e inductoras del pecado. Ellas se valen de sus encantos para desatar el deseo de los hombres, rompiendo las ataduras impuestas por la religión y la civilización, haciendo aflorar sus instintos primarios y su lado animal e irracional. De este modo, la víctima se convierte en verdugo. Este es el relato que subyace en las obras de este ámbito y que justifica que en él se incluyan algunas estampas en las que la mujer, no solo es raptada, sometida o violentada, sino que asiste pasiva a su destino o, como mucho, tiene la suerte de ser rescatada por un bienhechor masculino. Y es que, desde una visión milenaria reforzada a lo largo de la historia por *topos* como el *Weibermacht*, la mujer no es pecadora solo en el momento de cometer un pecado. La mujer es, en sí misma, el pecado.

María Magdalena es, entre todas estas mujeres, la única que parece haber sido redimida al aniquilarse como mujer y renunciar a la vida tras la muerte de Cristo. El arrepentimiento, la penitencia y la disolución de su esencia parecieron borrar sus pecados. Pero el arte, salvo excepciones, no le permitió librarse de su estigma. Incluso en el desierto, mortificada, los artistas seguían viendo en su pecaminoso pasado la inspiración para representar a una hermosa y sensual mujer semidesnuda, o cubierta solo con sus cabellos.

V. El triunfo de las mujeres

En las primeras décadas del siglo XVI los denominados *Kleinmeister* o Pequeños Maestros se adelantaron a su tiempo, desafiando el orden establecido al visibilizar en sus obras el poder de las mujeres y hacerlo, en algunos casos, en un tono que casi podríamos tildar de reivindicativo. La mujer se convierte en la protagonista indiscutible de la obra de Sebald Beham, una mujer fuerte, autónoma, que toma la iniciativa y muestra abiertamente su sexualidad de una forma que, cinco siglos después, todavía sorprende y nos parece audaz. Beham proclama *El triunfo de las mujeres* y paga por ello con la cárcel y el destierro.